

Henryk Szlajfer

*Sobre el pensamiento y praxis política
de José Carlos Mariátegui,
de manera polémica (en relación al libro de A. Flores
Galindo).*

1. *Introducción.*

La polémica en torno a Mariátegui («¿el problema Mariátegui?») sigue estando lejos de una conclusión¹, lo que resulta fácilmente comprensible, en particular dentro del contexto de la crisis, tanto a nivel continental como específicamente peruano, del pensamiento y práctica política de la izquierda. Una de las premisas básicas para su superación parece ser reinterpretación de la historia y la tradición del socialismo latinoamericano, realizada también con ayuda de los trabajos de Mariátegui y su lectura crítica. «The clues to understanding the present — observa Regis Debray en su opus magnum — lie buried in the past, and a study of that particular past throws a blinding light on what is actually happening now»².

El último libro de Alberto Flores Galindo³ es, sin lugar a dudas, una de las contribuciones más serias e interesantes a la discusión en curso. Además de esto, el libro será también un aliado de todos los que, afirmando la importancia decisiva de los trabajos de Mariátegui en la historia del pensamiento social y político peruano (y más ampliamente — latinoamericano), a la vez se oponen a la instrumentalización y mitologización de la figura de Mariátegui tanto en la política como en la historiografía.

Sin embargo, esto no quiere decir que el libro de Flores Galindo no dé lugar a dudas u objeciones o que estén ausentes en él ciertos elementos de mitologización o hagiografía. Las observaciones presentadas en el artículo actual constituyen, pues, un intento

1. Bibliografías amplias de los trabajos nuevos referentes al tema presentan, entre otros, J. Chavarria: *José Carlos Mariátegui and the Rise of Modern Peru 1890-1930*, Albuquerque 1979 y H. Vanden: *Mariátegui: Marxismo, Comunismo and Other Bibliographic Notes*, «Latin American Research Review», Vol. XIV, 1979, n° 3. Sin embargo, ninguna de las dos bibliografías incluye los trabajos recientes de A. Flores Galindo, R. Carmen Balbi, J. Cotler, J. Falcón, P. Pareja Pflucker y de otros autores peruanos.

2. R. Debray: *A Critique of Arms*, Vol. I, Harmondsworth 1977, p. 44.

3. A. Flores Galindo: *La agonía de Mariátegui. La polémica con la Komintern*, Lima 1980, pp. 134. A continuación, las páginas citadas de este libro aparecen entre paréntesis en el texto.

de reflexión crítica sobre el tema principal de las consideraciones expuestas por el autor peruano, a saber interpretación de las causas de la derrota política, ideológica y organizativa de Mariátegui en el período 1927-1930.

2. *Derrotado — pero ¿por quién?*

El subtítulo del libro de Flores Galindo dice: «La polémica con la Komintern» y tanto define el tema como indica la orientación de la argumentación incluida. Se puede resumir la tesis básica formulada por Flores Galindo de manera siguiente: sobre la derrota de Mariátegui y su estratégico proyecto político basado en la unión de «nación» y «marxismo» dentro de la estructura de organización del Partido Socialista decidieron, a fin de cuentas, los factores externos (Komintern) y son los mismos que causaron también aislamiento de Mariátegui en el Perú. Como un intelectual y «traidor en potencia» (p. 35) y como un «desviacionista» ideológico y «populista narodnik» (véase los ataques posteriores de Mierozewski, el P.C.P. y Bureau Sudamericano de la Internacional Comunista⁴), Mariátegui no cabía dentro del institucionalizado movimiento revolucionario de entonces.

A la primera vista, la tesis no es nueva. En la literatura del problema se puede encontrar varios estudios en los que triunfa, formulada de manera más o menos sutil, «la teoría de la historia como complot» con referencias a la Komintern'. Sin embargo, en caso de Flores Galindo, y particularmente al conocer sus trabajos anteriores, tal calificación de su libro sería por lo menos prematura, tanto más que en el trabajo escrito por él junto con Manuel Burga encontramos la observación acentuada: «Una perspectiva errónea en el estudio del Partido Comunista del Perú lleva a que algunos autores interpreten su escaso éxito (fracaso, para ser claros), en los años 30, a partir de las consignas dadas por la III Internacional. Sin negar el rol decisivo de la Internacional, queremos subrayar [...] como intervinieron también diversos condicionamientos internos sobre la actuación de los comunistas peruanos»⁶.

Es fácil notar que en el fragmento citado nada se dice sobre «un complot» de la III Internacional, en cambio es acentúa cierta simbiosis entre las directrices organizativas y políticas emitidas por esta organización y «los condicionamientos internos». A su vez, en el libro discutido por mí, la misma hipótesis encuentra su expresión en la conclusión sobre el aislamiento político de Mariátegui no sólo en la Komintern, sino también (¿quizá

4. El artículo de Mierozewski y otros materiales referentes a las primeras polémicas en torno a los trabajos de Mariátegui están incluidos en: J. Aricó (ed): *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, México 1978. El punto de vista del Bureau Sudamericano de la IC de los años 1933-1934 presentado en *La situación revolucionaria del Perú y las tareas del Partido Comunista Peruano* publicó W. Kapsoli en la colección *Partido Comunista Peruano: documentos para su historia (1931-1934)*, Lima 1978, pp. 37-86.

5. Como ejemplos véase: V. Alba: *Historia del comunismo en América Latina*, México 1954; R. E. Pop-pino: *International Communism in Latin America: A History of the Movement 1917-1963*, Glencoe 1964 y J. M. Haines: *Revolution In Peru: Mariátegui and the Myth*, Alabama 1972.

6. M. Burga y A. Flores Galindo: *Apogeo y crisis de la República Aristocrática, Oligarquía, aprismo y comunismo en el Perú, 1895-1932*, Lima 1978, p. 225. Véase también J. Deustua y A. Flores Galindo: *Los comunistas y el movimiento obrero: Perú 1930-1931*, en: *Historia, problema y promesa. Homenaje a Jorge Basadre*, Vol. II, Lima 1978.

sobre todo?) en el Perú. Flores Galindo acentúa también que «desde antes de su muerte el mariateguismo estaba reducido prácticamente a la figura de su fundador» (p. 108).

Es una declaración esencial. Primero, muestra — probablemente contradiciendo a las intenciones de Flores Galindo — que las tesis políticas de Mariátegui ejercían influencia limitada sobre la coyuntura política concreta que dominaba en el Perú en los años 1927-1930 y posteriores. También, pone en duda buena opinión del autor referente a Mariátegui como «un organizador, un político»⁷ (p. 78, *passim*). Segundo, esta declaración hace pensar en el problema más importante, a saber en la viabilidad del proyecto estratégico de Mariátegui en su tiempo⁸, y en particular en el contexto organizativo que escogió para su realización (dentro del marco de una estructura internacional).

Estas implicaciones del hecho, comprobado por Flores Galindo, de aislamiento casi total de Mariátegui después de la Conferencia en Buenos Aires en 1929 automáticamente llevan a las preguntas: ¿con quién en realidad perdió Mariátegui? Luego: ¿de verdad fueron los años 1929-1930 un período de «agonía» en sentido de Unamuno en la actividad de Mariátegui? ¿O quizás fuera, expresándolo de manera más prosaica, el período de la muerte política? Pues, la «agonía» de Unamuno quiere decir duración, oposición y lucha no concluida, mientras que es evidente que para el movimiento obrero institucionalizado Mariátegui haya dejado de existir para más de 25 años; simplemente perdió⁹. La actual disputa sobre Mariátegui y la reaparición de su concepción no ponen en duda tal conclusión.

Al contrario que Flores Galindo, no creo que Mariátegui haya perdido solamente (ni sobre todo) con la III Internacional. Como organizador perdió con sus ilusiones, por haber unido el destino de su teoría y del partido recién creado con las estrategias y estructuras internacionales antes de que hubiera ganado un apoyo fuerte dentro del Perú. Como un político peruano perdió con el APRA. Al fin, como creador de la estrategia del socialismo peruano, perdió con «Mariátegui — organizador y político» y con «condicionamientos internos» ya mencionados.

3. *Frustrado intento de legitimización.*

Flores Galindo constata que antes de 1927 no existía «relación alguna entre Mariátegui y la Komintern» (p. 20). A mitades de este año empieza Mariátegui la actividad encaminada a la creación del P.S. De la segunda mitad de este año datan los primeros contactos contraídos con la III Internacional. ¿Por qué? Escribe Flores Galindo: «Los socialistas peruanos necesitaban de la Internacional Comunista», pues según Mariátegui, la revolución presente «tenía un aspecto internacional» (p. 32). En efecto, en «Principios programáticos del Partido Socialista» aceptados en octubre de 1928, encontramos la tesis: «Si la revolución liberal, nacionalista por sus principios, no pudo ser actuada sin una estrecha unión entre los países sudamericanos, fácil es comprender la ley histórica

7. M. Burga, en la nota que avisa la publicación del libro de Flores Galindo, informa que su título iba a ser *Mariátegui como político*, «Tarea. Revista de Cultura», n° 2, 1980, p. 79.

8. Ya indiqué este problema en la crítica de libro de J. Chavarría en «Estudios Latinoamericanos», t. 9.

9. Véase: F. Portocarrero M.: *El pensamiento político de Haya de la Torre*, «Análisis», n° 1, 1977, p. 37.

que, en una época de más acentuada interdependencia y vinculación de las naciones, impone que la revolución social, intemacionalista en sus principios, se opere con una coordinación mucho más disciplinada e intensa de los partidos proletarios»¹⁰.

No obstante, el enfoque tan general y teórico no esclarece el problema, al contrario, vienen más preguntas: ¿por qué precisamente los peruanos necesitaban los contactos «operacionales» con la Komintern y su aprobación más urgentemente que por ejemplo Sandino para quien su lucha en Nicaragua «tenía un aspecto internacional» en mucho mayor grado? Vale la pena subrayar aquí que a pesar de muchas circunstancias que podían hacer que algunas organizaciones revolucionarias se unieran a la estructura internacional, el contacto con ésta no fue obligatorio ni automático ni tampoco — en mayoría de los casos — indispensable para proseguir una lucha eficaz. Además, en muchos países no europeos los movimientos revolucionarios, también los dirigidos por los comunistas, a menudo se desarrollaban en condiciones de oposición práctica o aislamiento respecto a la Komintern (en este aspecto resulta instructiva la historia del movimiento revolucionario chino después de las masacres de 1927).

Así pues, creo que es posible formular la hipótesis que para Mariátegui y sus colaboradores, la cooperación y después solicitud de acceso a la III Internacional (marzo de 1930) fue sobre todo una forma de legitimización racional de su actividad dentro del marco del movimiento revolucionario institucionalizado, y a la vez un intento de ganar de esta manera el apoyo para un partido débil, que acababa de iniciar su actividad práctica. Se puede completar esta hipótesis con la afirmación que en las condiciones concretas del Perú tal legitimización «hacia afuera» iba a constituir cierto sustituto (por lo menos temporal) de la base social del partido en curso de fundación, sobre todo frente a su futura lucha contra el APRA que intentaba de quitarle esta base potencial (principalmente los obreros agrarios de la Costa, una parte de la pequeña burguesía e intelectuales radicales)¹¹.

Este tipo de la sociotécnica de la política no pudo dar efectos espejados por Mariátegui. Aún más, a la luz del conocimiento que Mariátegui tenía sobre los acontecimientos en el movimiento obrero internacional (actualizado, como se puede suponer, por Julio Portocarrero después de su regreso de Moscú donde estuvo en otoño de 1927), era sociotécnica diseñada con miopía sorprendente, sin intuir la situación política cambiante¹². Pues, si un político y organizador puso por un lado los provechos político-propagandísticos inmediatos, posibles para lograr gracias al ingreso del P.S. en la III Internacional, parece que habría debido de poner al otro lado el cambio total de la línea política y del modo de actuación de la organización.

Es que el Partido Socialista tuvo que contar con la organización que iniciaba la etapa de la acelerada, a consecuencia de los acontecimientos en la U.R.S.S., institu-

10. En: J. C. Mariátegui: *Ideología y política*, Lima 1978, p. 159.

11. Respecto a la base social del APRA véase: L. North: *Orígenes y crecimiento del Partido Aprista y el cambio socio-económico en el Perú*, «Desarrollo Económico», Vol. 38, 1970, n° 10; P. Klaren: *Modernization, Dislocation, and Aprismo, Origins of the Peruvian Aprista Party, 1870-1932*, Austin and London 1973, y S. Stein: *Populism in Peru. The Emergence of the Masses and the Politics of Social Control*, Madison 1980.

12. Esta observación, así como otras reflexiones presentadas en el artículo actual, no están de acuerdo con la tesis de Baines que el marxismo de Mariátegui «was an expression of a personal belief, and as such it was difficult to project that belief as a political ideology», *op. cit.*, p. 123.

cionalización y forzada homogenización. En el momento de los primeros contactos de Mariátegui con la III internacional estaba tocando a su fin el período de polémicas y discusiones relativamente abiertas, características para los primeros Congresos. El fracaso de la política de la Komintern y el P.C.Ch. en China, terminada con la masacre de los comunistas por las tropas de Kuomintang¹³, dió origen al cuestionamiento de la política de creación de los «bloques» heterogéneos y de la cooperación con nacionalistas revolucionarios y «burguesía nacional». La Komintern inició la «tercera etapa», elaborada teóricamente, por Bucharin y ejecutada prácticamente por Stalin¹⁴. Vino a ser actual entonces la cuestión de la aceleración del ritmo de «bolchevización» (en realidad — estalinización) de los partidos obreros, y el lema de la ejecución incondicional de las «21 condiciones»¹⁵ y de la lucha «clase contra clase». En la política respecto a los activistas y en las relaciones entre el Centro y los partidos empezó a ser vigente, aunque nunca se lo puso escrito, el principio, aplicado algunos años antes en el caso de la dirección «oportunistista» del Partido Comunista Obrero de Polonia; en el lenguaje metafórico de Zinovjew (en 1924 fue presidente del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista) está expresado así: «os destrozamos los huesos si intentáis ir contra nosotros»¹⁶.

En el VI Congreso de la III Internacional en 1928 se introdujo consecuentemente todos estos principios básicos a la resolución referente a los países no europeos («colonias, semicolonias y países dependientes»). Presentando «la cuestión colonial» de parte del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, Otto Kuusinen tocó también el problema de «los partidos obrero-campesinos» que actuaban en esos países, como sustitutos de los partidos comunistas o como «bloque unido de cuatro clases», o sea el problema relacionado directamente con el Partido Socialista heterogéneo organizado por Mariá-

13. L. Bianco: *Origins of the Chinese Revolution, 1915-1949*, Stanford, Calif. 1971, cap. 3. En la literatura histórica polaca una opinión prudente sobre estos acontecimientos está formulada por W. Rodziński: *Chiny w ogniu. Rewolucja w latach 1925-1927 [China en el fuego. La revolución en los años 1925-1927]*, Wrocław 1983.

14. Sobre la génesis de «la tercera etapa», véase: Th. Draper: *The Strange Case of the Comintern*, «Survey», Vol. 18, 1972, n° 3, y de la posición favorable a Bucharin: S. F. Cohen: *Bukharin and the Bolshevik Revolution: A Political Biography 1888-1938*, London 1974. Sobre la evolución de la línea política de la III Internacional, desde la posición eurocomunista, escribe F. Claudin: *The Communist Movement. From Comintern to Cominform*, New York and London 1975. Sobre «la cuestión colonial», tomando en cuenta China en particular, véase R. Schlesinger: *Die Kolonialfrage in der Kommunistischen Internationale*, Frankfurt a/Main 1970, y, favorable a la Komintern, Datta Sobhanlal Gupta: *Comintern, India and the Colonial Question 1920-1937*, Calcutta 1980.

15. A. Flores Galindo está equivocado cuando informa que las «21 condiciones» fueron promulgadas en el I Congreso de la Internacional Comunista en 1919 (p. 75), pues en realidad esto ocurrió en el II Congreso en 1920. En la situación concreta del Perú, importancia particular tenían: la condición 7 (ruptura organizativa con los reformistas y centristas), la condición 15 (los programas de cada partido comunista tienen que ser aprobados por la Internacional) y la condición 17 (aceptación forzada del nombre «partido comunista — sección de la III Internacional»). Sobre el contexto histórico de la promulgación de las condiciones, véase: J. Tomicki: *Dzieje II Międzynarodówki 1914-1923 [Historia de la II Internacional]*, Warszawa 1975.

16. Citado según el folleto publicado en 1924 por el Comité Central del Partido Comunista Obrero de Polonia para los miembros del partido, titulado *Cuestión polaca en el V Congreso de la Internacional Comunista*, reproducido en total en «Kwartalnik Historyczny», Vol. LXXXIX, 1982, n° 2/3, p. 394,

tegui¹⁷. Kuusinen dijo que esta forma de organización utilizada hasta entonces «no es aplicable, en particular en los países coloniales y semicoloniales. Los partidos obrero-campesinos podrían transformarse en partidos pequeñoburgueses librándose de la influencia comunista con demasiada facilidad»¹⁸.

Más de un año después, en la carta mandada por la dirección de la III Internacional al grupo que organizaba el Partido Socialista, la conclusión de Otto Kuusinen estuvo desarrollada de manera siguiente: «Crear un partido "socialista" que tendría una base más amplia que el partido comunista, que estaría abierto no solamente a los obreros más también a ciertas capas de la pequeñaburguesía [...] es en el fondo volver por un rodeo y bajo otra etiqueta al aprismo, a un partido de varias clases, a la ideología revolucionaria confusa, a un Kuomintang más peligroso que el APRA, porque más organizado, más centralizado, más disciplinado, teniendo todo el carácter de un partido político, entraría fatalmente en conflicto con el partido comunista [...] El control del grupo comunista en él, sería difícil...»¹⁹.

Recuerdo estos hechos como los que tachan a Mariátegui como «organizador y político», aunque me doy cuenta de que sólo en una perspectiva histórica han cobrado plena importancia. En 1928 o 1930 la mayoría de los revolucionarios — incluso los que se hallaban en el centro de los acontecimientos decisivos para el destino de la Komintern y no en la periferia — no se daban cuenta (si no es que no hayan querido darse cuenta) de que estos hechos eran fragmentos de un fenómeno más amplio, y dentro de éste, del problema en qué grado la participación en la estructura internacional obstaculiza o favorece la realización del objetivo principal - la ejecución de la revolución anticapitalista.

17. La deformación del nombre del partido creado por Mariátegui resulta un fenómeno crónico en varias cronologías del movimiento obrero de América Latina. Por ejemplo, Carlos M. Rama escribe que Mariátegui en 1928 «fonde le Parti Communiste péruvien» (*Mouvements ouvrieres et socialistes: chronologie et bibliographie. L'Amérique latine 1492-1936*, Paris 1959, p. 182), en cambio Sergio Guerra y Alberto Prieto afirman que en este año fue fundado «Partido Socialista Obrero Campesino» (*Cronología del movimiento obrero y de las luchas por la revolución socialista en América Latina y el Caribe: 1917-1939*, La Habana 1980, pp. 41, 78).

18. Citado según P. Frank: *Geschichte der Kommunistischen Internationale 1919-1943*, Frankfurt a/Main 1981, p. 527. A medida de los cambios dentro de la Komintern, una vuelta paralela e igualmente radical afectó las «Ligas Antiimperialistas», supuestos frentes únicos. A partir de 1924, las Ligas aparecían en varios países, por iniciativa del «Barón de prensa» de la III Internacional y fundador de la Internacional Comunista de la Juventud, Willie Münzenberg, y con apoyo de Internationale Arbeiterhilfe (IAH). Mientras que el I Congreso de las Ligas reunido en Bruselas y Palais Egmont en febrero de 1927 bajo el lema «Contra la Oposición Colonial y el Imperialismo» era, por fuera, una manifestación de heterogeneidad del movimiento antiimperialista (anciano comunista japonés Sen Katayama al lado de J. Nehru, Upton Sinclair, and George Lansbury de Labour Party), el II Congreso celebrado en julio de 1929 en Francfort resultó un ataque contra todas las organizaciones no comunistas. En el II Congreso se apartó de las Ligas a J. Nehru, G. Lansbury entre otros, y, lógico, a los representantes de Kuomintang. Más ampliamente sobre este tema, véase: *Das Flammenzeichen vom Palais Egmont, Offizielles Protokoll des Kongressess gegen koloniale Unterdrückung und Imperialismus*, Brüssel, 10.-15. Februar 1927, Berlin 1927 y B. Gross: *Willi Münzenberg. Eine politische Biographie*, Stuttgart 1967. Mariátegui, entonces ya comprometido en la contienda abierta con Haya de la Torre y en busca de apoyo de la Komintern, opinó sobre el II Congreso de manera decididamente subjetiva (Haya de la Torre no fue invitado por los organizadores; el APRA estaba representado por... ¡Eudocio Ravines!). Sólo por estas circunstancias se puede explicar las razones que le hicieron formular la conclusión siguiente: «Ninguna gran organización antiimperialista ha estado ausente de esta Conferencia». J. C. Mariátegui: *El Segundo Congreso Mundial de la Liga Contra el Imperialismo*, en: *Ideología y política*, p. 213.

19. *La comunicación de la Internacional Comunista «A los camaradas del Perú» (1930)*, en: L. A. Sánchez: *Apuntes para una biografía del APRA. I: los primeros pasos 1923-1931*, Lima 1978, p. 179.

¿Será, pues, justificada la crítica de las tesis de Flores Galindo, y por consiguiente de la actividad de «Mariátegui — político y organizador»? No es posible contestar esta pregunta categóricamente. Lo único que se puede constatar hoy es que las consecuencias de las medidas político-organizativas tomadas por Mariátegui eran tales, y no otras. Por haber anticipado el desarrollo político, organizativo y cuantitativo del Partido Socialista, y por haberlo comprometido con la política global antes de que hubieran contestadas las preguntas principales en el Perú, lo que por consiguiente llevó a la calificación errónea y de consecuencias fatales del nacionalismo radical y el APRA («El APRA, objetivamente, no existe» — escribió a comienzos de 1930²⁰), Mariátegui unió el Partido Socialista a los acontecimientos que no podía controlar. José Aricó presenta una diagnosis muy acertada de estos dilemas: «Es evidente que en las condiciones del movimiento comunista de la época una concepción como la que subyacía en el pensamiento de Mariátegui no tenía ninguna posibilidad de existencia. La incorporación a la III Internacional tenía el efecto contradictorio de abrir el movimiento comunista peruano a una perspectiva internacional, por más errónea que ésta fuera, a la vez que le hacía perder el pie en tierra del terreno nacional»²¹.

Además, el intento de Mariátegui de legitimizar la izquierda peruana a través de una estructura internacional originó el proceso, inevitable en la situación de entonces, de la «deserción» de grupos enteros y activistas particulares de las filas del Partido Socialista recién creado. Confrontado con la autoridad y el mito de la Internacional Comunista, el «periodista» Mariátegui estaba condenado a perder. La actividad de Eudocio Ravines, justamente definido por Flores Galindo como «el hombre-aparato» (p. 99) sólo aceleró este proceso.

Así, no parece convincente el análisis de los orígenes de los fracasos posteriores del P.C.P. (en el período 1930-1935) presentado por Wilfredo Kapsoli; según su opinión resultaron del hecho de que: «las tesis sustanciales de José Carlos Mariátegui fueron sutilmente desplazadas por el seguismo y el dogmatismo internacional»²². Como he intentado mostrar, estas tesis no podían ser realizadas en el contexto de la estructura internacional, a través de la cual Mariátegui trataba de legitimizar el Partido Socialista. Su realización era posible fuera de esa estructura o dentro de su marco, pero entonces sólo a condición de que el P.S. lograra una amplia autonomía respecto a su organización y programa. La última solución (por la cual optaba Mariátegui)²³ exigía, sin embargo,

20. J. C. Mariátegui: *Sobre un tópico superado*, en: *Ideología y política*, p. 211.

21. J. Aricó: *op. cit.*, p. LIV.

22. W. Kapsoli: *op. cit.*, p. 10. Véase también A. Anderle: *Comunistas y apristas en los años treinta en el Perú (1930-1935)*, «Acta Histórica», t. LXIII, 1978 (Szeged) y R. Carmen Balbi: *El Partido Comunista y el APRA en la crisis revolucionaria de los años treinta*, Lima 1980. Con opiniones de este tipo etablan una polémica interesante J. Deustua y A. Flores Galindo: *op. cit.*

23. La esencia de esta autonomía en cuanto al programa y organización sigue siendo tema de las discusiones. En la literatura referente al problema aparecen dos enfoques tratados como modelos alternativos. El primero acentúa sobre todo los aspectos coyunturales y sociotécnicos de los contactos de Mariátegui con la Komintern, manteniendo a la vez la tesis sobre una fundamental diferencia de opiniones entre la dirección de esta organización y Mariátegui en cuanto a las cuestiones tácticas y estratégicas. A este enfoque parece inclinarse Flores Galindo escribiendo que Mariátegui quería «diferenciarse de aprismo sin ser absorbido por la Internacional comunista», (p. 113), y en otro lugar: el P.S. «se definía como adscrito al "marxismo" y al "leninismo militante". No se trataba de la formulación staliniana del "marxismo-leninismo"» (p. 86). Para pre-

existencia previa de un Partido Socialista fuerte y resignación de las polémicas ideológicas. La posición del Perú como una periferia en la política de la Komintern, decidió a priori sobre el destino de los que hubieran querido cuestionar la «ortodoxia» dominante.

Evidentemente, el partido que estaba creado por Mariátegui a partir de la mitad del año 1928 no cumplía esta condición. Lo prueba también, franca en su arrogancia «internacionalista», declaración de Codovilla en la Conferencia de Buenos Aires hecha durante la discusión sobre el proyecto de la creación del Partido Socialista peruano: «...¿ si la Internacional Comunista establece que en todos los países deben crearse Partidos Comunistas por qué el Perú puede constituir una excepción?»²⁴, La relación de fuerzas verdadera entre ambas «partes» está presentada también en *Mémoires* y otros relatos de Jules Humbert-Droz, miembro del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista quien en 1929 participó bajo el seudónimo de «Luis» en la Conferencia de Buenos Aires, donde representaba la dirección de la Komintern. Pues, en *Mémoires*, como indica Robert Paris, «les pages que Humbert-Droz consacre à cette même conférence de Buenos Aires ne contiennent aucune référence à Mariátegui et aux problèmes du Parti Socialiste du Pérou...»²⁵. En cambio en su relato más tardío referente ya directamente a Mariátegui, Humbert-Droz recordó al fundador del Partido Socialista y uno de los más originales creadores del marxismo latinoamericano de manera siguiente: «Le Mariátegui [...] est probablement le fondateur du Parti communiste du Pérou [?] et qui a joué un rôle assez important dans ce parti avant d'en être exclu [?]»²⁶.

cisar, y a pesar de las sugerencias de Flores Galindo, en *Principios programáticos...* leemos explícitamente: «El marxismo-leninismo es el método revolucionario de la etapa del imperialismo y de los monopolios. El Partido Socialista del Perú, lo adopta como su método de lucha», *op. cit.*, p. 160. El segundo enfoque, en cambio, acentúa la coincidencia entre la sociotécnica y la comunidad ideológica y estratégica de las opiniones de Mariátegui y las de la Komintern, indicando a la vez las diferencias en cuanto a la táctica. Este enfoque está representado por Jorge Basadre y Julio Cotler, entre otros autores. «Mariátegui — afirma Basadre — was not basically in disagreement with the leaders of the Communist International; the nature of his objections was tactical, immediate, and incidental» — J. Basadre: *Introduction*, en: J. C. Mariátegui: *Seven Interpretative Essays on Peruvian Reality*, Austin and London 1971, p. XXVII. En cambio J. Cotler indica que en las cuestiones fundamentales respecto al programa «Mariátegui tenía a coincidir con el programa redactado por el Comintern en 1928 [...] relativo a la lucha revolucionaria de los países coloniales y sernicoloniales». J. Cotler: *Clases, estado y nación en el Perú*, Lima 1978, p. 224. Creo que aunque el segundo enfoque se acerca más a la realidad, tampoco está libre de simplificaciones del problema. Pues, mientras se puede estar de acuerdo con la tesis de que el contacto con la Komintern no era sociotécnica «pura», resulta poco convincente la tesis segunda, a saber que las diferencias entre Mariátegui y la dirección de la Komintern hayan tenido carácter tan sólo táctico. En las cuestiones como por ejemplo el desarrollo capitalista del campo, el problema de las comunidades indígenas o el problema racial, Mariátegui representaba opiniones teóricas y programas fundamentalmente diferentes. Esta «heterodoxia» del pensamiento de Mariátegui la toma en cuenta J. Aricó afirmando que «desde un punto de vista metodológico, lo relevante no es enfatizar la adscripción ideológica y política de Mariátegui a la III Internacional, puesto que ésta es innegable; lo realmente importante, y el único camino válido para reconstruir "su" marxismo, es señalar lo que lo distinguía y hasta distanciaba de la Comintern». J. Aricó: *op. cit.*, p. XXI.

24. Citado según R. Melgar Bao: *La Tercera Internacional y Mariátegui. Propósito de un libro: «Ideología y política en el Perú»*, «Nuestra América», Año I, 1980, n° 2, p. 52.

25. R. Paris: *José Carlos Mariátegui et l'Internationale communiste deux témoignages inédits*, en: *Historia, problema y promesa...*, p. 238.

26. *Ibidem*.

4. El problema de la coyuntura política y del nacionalismo.

El rechazo de «la teoría de la historia como complot» conduce sobre todo a analizar los condicionamientos internos de la derrota de Mariátegui. Para contestar la pregunta: ¿con quién perdió Mariátegui? no es suficiente indicar a la Komintern, en cambio hay que partir de la constatación del hecho que en el Perú (y es el punto de referencia decisivo) Mariátegui perdió con Haya de la Torre y el APRA. Y lo que es más importante, mientras que el P.C.P., el sucesor del P.S., (y de manera más general: la corriente política socialista) no se levantó después de las represalias del período 1930-1932, el APRA que fue objeto de la represión no menos encarnizada, en particular después de la frustrada insurrección de Trujillo, sobrevivió como una fuerza política signifiicante. Al comentar los resultados a largo plazo de este periodo de represión, Sinesio López (quien no fue partidario del APRA) dijo: «El Apra perdió en la coyuntura, pero ganó en el período histórico»²⁷.

Este hecho prueba que la orientación y los métodos de actividad política aceptados por Mariátegui, así como los principios teóricos que los condicionaban, resultaron ineficaces en la perspectiva de la coyuntura política existente a fines de los años veinte y a comienzos de los treinta. Esta ineficacia, unida a la política suicida del P.C.P. en los años treinta, decidió sobre la derrota de la corriente socialista y sobre la pérdida de las influencias (también en la C.G.T.P.) por ésta en perspectiva de toda la época de desarrollo histórico del Perú.

En cambio, la lectura del libro de Flores Galindo sugiere que el autor estaría más bien dispuesto a atribuir la responsabilidad total por la derrota al P.C.P., dejando a Mariátegui al margen, a la esfera de la recién iniciada actividad política, de cuyas perspectivas y posibles resultados hoy ya no se puede decir nada seguro. En cuanto a los casos en los que la posición de Mariátegui de manera visible anticipaba algunos conceptos y medidas erróneas del P.C.P., Flores Galindo los minimaliza y califica como incidentes resultantes de la intensificación particular de la polémica con Haya de la Torre.

Sin embargo, aceptar tal sugestión quisiera decir negarse a analizar en serio la política de Mariátegui y sus principios, y mitologizar la figura de Mariátegui. Por su lado, el «mito» construido de esta manera sólo confirmaría la tesis tradicional sobre «el complot de la Komintern» como causa básica y única de las desgracias de la izquierda peruana. Pues, al examinar los condicionamientos internos de la derrota de Mariátegui, parece oportuno indicar algunos problemas que sugiere el análisis de los hilos básicos de su pensamiento y práctica política.

Lo que salta a la vista del investigador de aquel período es raro — dado el caso de un político — renuncio de parte de Mariátegui de participar en la coyuntura política creada, lógicamente, por actitudes de las masas populares y sus organizaciones y por actividades de las élites criollas a la vez. Sin embargo, esta renuncia está examinada en la literatura referente al tema (incluyendo el libro de Flores Galindo) de manera que reduce el campo de análisis a la cuestión de la actitud de Mariátegui frente a Leguía y «Patria Nueva» creada por éste.

27. S. López: *De imperio a nacionalidades oprimidas, Notas sobre el problema nacional indígena*, en: *Nueva historia general del Perú. Un compendio*, Lima 1979, p. 259.

Tratando de explicar la posición de Mariátegui, Flores Galindo acentúa dos momentos. Primero, «José Carlos Mariátegui supo distinguir con claridad entre el oncenio y los gobiernos anteriores», reconociendo el mérito de Leguía de haber iniciado una acelerada modernización capitalista del Perú (p. 19); segundo, la consecuencia de tal opinión sobre el oncenio era: «que Mariátegui no ensayara una oposición inmediata. Se debe añadir además sus escasas fuerzas, la debilidad del naciente socialismo peruano, la necesidad de persistir y durar...» (*ibidem*)²⁸.

La interpretación presentada parece demasiado unilateral. Sobre todo, no toma en cuenta la relación estrecha entre la racionalización económica presentada por Mariátegui y las consecuencias socio-políticas del oncenio por un lado, y su enfoque del problema del nacionalismo y de las formas y orientaciones de la actividad política práctica por el otro. Segundo, Flores Galindo no explica cómo se habría podido realizar el lema de la lucha por el socialismo (*¡híc el nunc!*) propuesto por Mariátegui dentro del marco de la política que ignoraba la coyuntura política y no aprovechaba al máximo de creadas por ésta oportunidades de movilización de las masas populares. Aún peor, Flores Galindo inquiera indica este problema.

Parece, pues, que a nivel político la renuncia de la participación en la coyuntura política (y especialmente después del comienzo de la crisis de 1929) hizo que el P.S. creado por Mariátegui perdiera su posición en comparación con los partidos que representaban lo que se podría definir brevemente como denominador común de los intereses de clase, nacionalismos de vario tipo (desde antiimperialismo hasta nacionalismos regionales) y sentimientos y mentalidades políticas o parapolíticas. Es también trivial constatar que en la creación de la coyuntura política (y también en las elecciones de carácter estratégico) al lado de los intereses de clase «puros» aparece conciencia de identidad nacional, racial o regional, emociones y demagogia (racionalizadas y aprovechadas por eficaces estructuras organizativas)²⁹, así como sentimientos grabados en la memoria colectiva o en la experiencia de varias capas y clases sociales. Todos estos componentes de la coyuntura política toman tanto forma madura, «política», como también la de movimientos reflejos instintivos, «sincretismo de intereses» originado por un proceso inconcluso de la formación de nuevas clases y capas, o la de supersticiones, mitos y prejuicios (con demasiada frecuencia negados como «irracionales»). El partido político que a priori rechaza estos elementos de la coyuntura política como «amorales», está encaminado a actuar como una secta. Es verdaderamente enigmática la actitud de Mariátegui, quien no sólo

28. Alfredo Matos Eguren (quien escribía representando las posiciones del P.C.P.) presentó mucho antes una interpretación análoga. Según su opinión, en caso de empezar la lucha abierta contra Leguía, Mariátegui «estaría forzado a irse del país, no podría publicar la revista "Amauta" ni sus artículos en "Mundial" o "Variedades" (periódico gubernamental). La declaración [...] de un programa de lucha contra el gobierno de Leguía significaría en las condiciones de entonces, cuando no habían madurado todavía nuevas fuerzas sociales, actuar en favor de la oligarquía apartada del poder. [...] "la neutralidad" de Mariátegui fue nada más que una prueba de su previsión política». A. M. Eguren: *Mariategui-myslitel', političeskij dejatel', čelovek*, en: *José Carlos Mariátegui, plamennyj borec za toržestvo idej marksizma-leninizma v Latinskoj Amerike*, Moskva 1966, p. 66. En cambio L. A. Sánchez recuerda: «Mariátegui me dijo poco antes de morir que el no creía en la posibilidad de actuar, y lo que hacía falta era organizarse», *op. cit.*, p. 162.

29. En el I Congreso de los Pueblos del Oriente en 1920, Zinovjev no vaciló, por ejemplo, en llamar de parte de la Komintern a los pueblos musulmanos «à la guerre sainte, à la guerre sainte tout d'abord contre l'impérialisme anglais!». *Le Premier Congrès des Peuples de l'Orient, Baku, 1-8 Sept. 1920. Compte-rendu sténographique*, Petrograd 1921, p. 46.

conocía los trabajos de Sorel sino también personalmente se daba cuenta del papel práctico del mito (y otras actitudes «irracionales»), y por otro lado en la práctica política exigía el rechazo de las actividades que creaban mitos revolucionarios (véase su opinión negativa sobre la manifestación de 1924).

Al romper con el APRA y Haya de la Torre e iniciar la organización del Partido Socialista, Mariátegui de manera artificial separó y opuso a la actividad dentro de la coyuntura política la «puramente» de clase, encaminada sobre todo a la creación de la conciencia de intereses particulares entre el proletariado y el campesinado indígena. Claro, no tiene sentido ni hace falta negar el hecho de que Mariátegui comprendía esta actividad de carácter clasista de manera más sutil que la presentada en las instrucciones de la Kominintern, sin embargo el sentido de la decisión política tomada por él de facto coincidía con la declarada política de «clase contra clase» (en este sentido no tiene razón Luis Alberto Sánchez cuando afirmaba que Mariátegui tendía a crear una réplica del APRA, pero sin Haya de la Torre y con apoyo de la Internacional Comunista)³⁰.

Esta separación particular, que en la polémica de Mariátegui con Haya de la Torre apareció por ejemplo en forma de ataque a la «camaradería estudiantil» y «el demonio de caudillismo y personalismo», como renuncia de participación en «la vieja política» o como acentuación de la cuestión del lenguaje político³¹, resultaba no sólo de las limitaciones de Mariátegui como organizador práctico y jefe de un movimiento masivo. (Al contrario que Flores Galindo, creo que para reconocer la importancia crucial de Mariátegui en la historia del movimiento revolucionario peruano no hace falta dotarle de atributos de un «timonel gen del proletariado» que reunía en proporciones ideales «la teoría» y la «práctica». Mariátegui carecía de características de caudillo carismático de un partido de masas, y en la actividad práctica cedía decididamente a Haya de la Torre). La separación cabía implícite en algunos principios (y contradicciones) del pensamiento político de Mariátegui. Pienso aquí en los dilemas de los países de capitalismo dependiente originados por el choque entre el programa de actividad «sobre bases netamente socialistas»³² y la objetiva debilidad numérica y político-organizativa de la clase obrera; esta clase que según el canon de la tradición marxista y el de la revolución rusa (interpretado de manera bastante simplificada)³³ debe de constituir centro de gravedad («hegemónico») del movimiento revolucionario.

5. Cambio de la perspectiva de investigación.

Mariátegui buscaba la solución de este dilema sobre todo en el campesinado indígena, en la tradición comunitaria («socialista») de ayllu. Sin embargo, en la época de la creación del Partido Socialista terminó ya la serie de las rebeliones indio-campesinas, ca-

30. L. A. Sánchez: *op. cit.*, p. 124.

31. La carta de J. C. Mariátegui a Eudocio Ravines de 31 de diciembre 1928. Citado en «Nuestra América», Año I, 1980, n° 2, pp. 15-18.

32. *Ibidem.*

33. Véase reflexiones muy interesantes de Georges Haupt sobre «revolución popular disfrazada de proletaria», presentadas en el artículo *In What Sense and to What Degree Was the Russian Revolution a Proletarian Revolution?*, «Review», Vol. III, 1979, n° 1.

racterísticas para los primeros años del gobierno de Leguía, y su historia en práctica nunca ha sido comprendida a fondo por las élites criollas ni tampoco por la radical contraélite mestiza. Claro que en perspectiva más larga se podía esperar que se repitieran las rebeliones indígenas, sin embargo en 1929 o 1930 quedaban sólo focos diminutos de la rebelión abierta de los cuales en Lima no se tenía ni idea. En suma, en la coyuntura política de aquel período el campesinado indígena participaba no más que pasivamente, pesando sobre el curso de los acontecimientos sólo a medida en que sus problemas y la cuestión del régimen agrario quedaban sin solución.

Lo que importa más, la opinión de Mariátegui sobre la posibilidad de solución de los problemas particulares del campesinado (reforma y reparto de los latifundios) dentro del sistema capitalista no fue decididamente precisada. Mariátegui-activista del APRA, amigo de Haya de la Torre y autor de *Siete ensayos* niega rotundamente la posibilidad de cambiar la situación del campesino indígena dentro del marco del capitalismo. En 1927, cont estando el sondeo del periódico «La Sierra», de acuerdo con la fascinación por la revolución mexicana dominante entre los miembros del APRA, clama «por una solución social, nacional, revolucionaria, como la que en México ha planteado la revolución agrarista»³⁴. En 1928, en *Siete ensayos* agudiza su posición acercándose a la opinión construida a base de la generalización de las experiencias de la revolución rusa que había subordinado el problema de reforma agraria y reparto de latifundios a la estrategia anticapitalista³⁵. En 1929 confirma esta opinión: «El advenimiento político del socialismo no presupone el cumplimiento perfecto y exacto de la etapa económica liberal, según un itinerario universal. [...] es muy posible que el destino del socialismo en el Perú sea en parte el de realizar [...] ciertas tareas teóricamente capitalistas»³⁶. Sin embargo, en el mismo año en el texto enviado a la Conferencia de Buenos Aires aparece una vuelta sorprendente. Mariátegui (entonces adversario del APRA y ex-amigo de Haya de la Torre) matiza su posición radical de los años anteriores admitiendo la posibilidad de otra solución: «Ciertamente el capitalismo imperialista utiliza el poder de la clase feudal, en tanto que la considera la clase políticamente dominante. Pero, sus intereses económicos no son los mismos. [...] La creación de la pequeña propiedad, la expropiación de los latifundios, la liquidación de los privilegios feudales, no son contrarios a los intereses del imperialismo, de un modo inmediato. Por el contrario, en la medida en que los rezagos de la feudalidad entraban en el desenvolvimiento de una economía capitalista, ese movimiento de liquidación de la feudalidad, coincide con las exigencias del crecimiento capitalista, promovido por las inversiones y los técnicos del imperialismo; que desaparezcan los grandes latifundios, que en su lugar se constituya una economía agraria basada en lo que la demagogia burguesa llama la "democratización" de la propiedad del suelo, que las viejas aristocracias se vean desplazadas por una burguesía y una pequeña burguesía más poderosa e influyente — y por lo mismo más apta para garantizar la paz social —, nada de esto es contrario a los intereses del imperialismo»³⁷.

La experiencia histórica probó (por ejemplo en Bolivia 1952 y Perú 1968) que el

34. J. C. Mariátegui: *El problema agrario*, en: *Ideología y política*, p. 278.

35. J. C. Mariátegui: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, La Habana 1969.

36. J. C. Mariátegui: *Respuesta al cuestionario No. 4 del «5. de C.P.»*, en: *Ideología y política*, p. 273.

37. J. C. Mariátegui: *Punto de vista anti-imperialista*, en: *Ibidem*, p. 92f.

rechazo de la estrictamente interpretada alternativa «imperialismo o liquidación del feudalismo en el campo» tuvo fundamentos, aunque en el contexto de la línea del programa del VI Congreso de la Komintern fue calificada de herejía³⁸. Pero sería errónea la tesis que a causa de los hechos mencionados la alternativa resultó falsa, pues, por otro lado, está verificada por las experiencias de China, Vietnam, Cuba y otros países. Sin embargo, no es una paradoja sino más bien una confirmación de valor heurístico y práctico de la tesis que rechaza uniformidad de los procesos sociales.

El hecho de que Mariátegui dejó al lado la visión estática de la situación del campesinado indígena dentro del sistema capitalista fue, sin duda, relacionado con su opinión sobre el oncenio como período de desarrollo rápido de las relaciones capitalistas en el Perú. En este aspecto la posición presentada en *Punto de vista...* reflejaba procesos sociales y económicos objetivos. Sus implicaciones resultaron tan importantes que, como creo, se puede hablar sobre un cambio radical de la perspectiva de investigación del pensamiento político de Mariátegui en los años 1929-1930.

Primero, el cambio del régimen agrario a través de una revolución agraria que liquida gran propiedad (el modelo mexicano de «la revolución social») deja de ser indicador principal del antiimperialismo. Si el imperialismo, en condiciones definidas, cuestiona las relaciones feudales, por consiguiente el antiimperialismo basado en las reivindicaciones del campesinado pierde su carácter definido y agudez política. Además las corrientes políticas que se limitan a este tipo de antiimperialismo se transforman en corrientes objetivamente reaccionarias acercándose incluso al fascismo. El ataque de Mariátegui dirigido contra «el Estado regulador»³⁹ mexicano como réplica del Estado fascista italiano no sólo fue una forma drástica de la polémica con el concepto aprista de «Estado de la democracia funcional». Tampoco es suficiente limitarse, como lo hace Flores Galindo, a constatar el hecho de que la crítica de Mariátegui coincidía con la teoría de «socialfascismo» (p. 82). En cambio, hay que explicar (y no lo hace Flores Galindo), en qué grado la incompresión total por Mariátegui del fenómeno del populismo y Estado populista resultaba de su teoría, del antiimperialismo entendido como teoría de lucha directa por el socialismo⁴⁰.

Segundo, la falta de la definición política de las reivindicaciones campesinas (en el contexto de la oposición capitalismo-socialismo) confirmaba el convencimiento de Mariátegui de que la única fuerza social capaz de iniciar las reformas estructurales conducentes hacia el socialismo sería, débil entonces, clase obrera a condición de que arrastrara el campesinado indígena. Esto es, a condición de que hubiera logrado aprovechar de la coyuntura política favorable interrumpiendo la expansión del capitalismo antes de que éste lograra solucionar «el problema de la tierra». Habrá que poner aquí énfasis en el concepto de la coyuntura, pues ésta forma el marco práctico de la realización de la

38. Véase: *La situación revolucionaria del Perú...*, p. 54f.

39. J. C. Mariátegui: *Al margen del nuevo curso de la política mexicana*, en: *Temas de nuestra América*, Lima 1975.

40. Parece una anécdota que se haya atribuido a Mariátegui la opinión que «la revolución democrático-burguesa contra la dominación feudal y el imperialismo será dirigida por la burguesía nacional y la pequeña-burguesía y sólo apoyada por el proletariado y su partido...» — *La situación revolucionaria del Perú...*, p. 55. Indudablemente, fue la opinión de Haya de la Torre (y también de la Komintern en el período de su cooperación con Kuomintang), y no de Mariátegui.

estrategia de Mariátegui, y también da sentido a la opinión de Flores Galindo sobre el Partido Socialista caracterizado por él como «una organización insurreccional» (p. 78). La realización de la alianza anticapitalista de los obreros y el campesinado indígena suponía el aprovechamiento no sólo de la compatibilidad estratégica de los intereses de estas clases sociales sino de su coincidencia (de manera análoga a la revolución rusa)⁴¹.

No obstante, encontramos aquí una contradicción entre la teoría del aprovechamiento de momento histórico y la orientación recomendada de la actividad práctica. Pues, la realización de la estrategia de Mariátegui exigía que se comprometiera activamente en la coyuntura política dada, en la lucha y conflictos existentes, sin excluir el conflicto entre el civilismo y Leguía. Al renunciar la lucha contra la dictadura de Leguía, y en particular en el período de su decadencia, Mariátegui cerró a sí mismo y al P.S. el camino hacia el logro de la influencia permanente sobre las masas populares, la cual permitiría sobrevivir las primeras derrotas. Estas masas, o más bien su conglomerado variado, entendían por qué estaban en contra de Leguía y su política, pero no entendían que luchaban por el socialismo «sobre bases netamente socialistas». Caracterizando motivaciones directas de estas masas, determinadas en parte por su posición en la estructura económica del Perú de entonces, Julio Cotler afirma: «El proletariado no sólo era numéricamente reducido, sino que era mayoritariamente agrícola y minero, encontrándose en una situación de transición, puesto que compartía su existencia de asalariado con la de campesino. Pero, además, participaba ideológicamente con la pequeña burguesía en su afán de transformarse en pequeño propietario independiente. [...] Por su lado el campesino perseguía romper con la dependencia que sufría del hacendado y convertirse en productor independiente»⁴². También Flores Galindo en su primera publicación, criticando la política del P.C.R., subrayaba que sus activistas que habían organizado a los mineros «no contaban con un mayor conocimientos de los mineros. Parecían ignorar sus antecedentes, su especial condición social. Hablan de proletariado minero tal y como si fuera similar al proletariado de otros países, ignorando muchas de sus peculiaridades»⁴³. Indicó también: «La violencia minera era la expresión directa de unos hombres que se resistían a la proletarianización [...] Su misma psicología (su manera de razonar, sentir y comportarse) era más propia de campesinos que se resistían al desarraigo, que de

41. La existencia de las comunidades indígenas, interpretadas por Mariátegui como germen del «socialismo» en el campo, en realidad no implicaba una socialización total de propiedad o cultivo de la tierra. El capitalismo en el campo significó también transformación de las formas de propiedad y aparición de la propiedad privada dentro del ayllu. Mariátegui no mencionó este factor en sus consideraciones referentes a las comunidades. Sin embargo, hay que subrayar que no identificaba todas las relaciones agrarias en la Sierra con la oposición hacienda-ayllu, lo que no está indicado por Flores Galindo en su interpretación (p. 31). J. Martínez-Alier en su libro *Haciendas, Plantations and Collective Farms. Agrarian Class Societies: Cuba and Peru*, London 1977, observa de manera acertada que en las reivindicaciones de los campesinos indígenas se puede divisar «sincretismo de intereses» particular que refleja varios papeles desempeñados por el campesino indígena en las estructuras económico-sociales locales y superlocales (miembro de la comunidad, propietario de la tierra, arrendatario, siervo, peón, minero contratado, obrero agrario, etc.). Véase mi reseña del libro de Martínez-Alier en: «Roczniki Socjologii Wsi», t. 15, 1977. Sobre las motivaciones y consecuencias de los movimientos campesinos en Rusia en 1917 antes del derrocamiento del Gobierno Provisional, véase: R. Wojna: *Walka o ziemię w Rosji w 1917 roku (La lucha por la tierra en Rusia en 1917)*, Wrocław 1977.

42. J. Cotler: *op. cit.*, p. 233.

43. A. Flores Galindo: *Los mineros de la Cerro de Pasco 1900-1930. Un intento de caracterización social*, Lima 1974, p. 103.

proletarios»⁴⁴. En el libro discutido ahora, Flores Galindo hace caso omiso de estos problemas y parece aceptar, sin criticismo, la opinión de Mariátegui sobre los mineros (de entonces) como «vanguardia de la revolución socialista» (p. 77).

Resumiendo, la política tendiente a bloquear el desarrollo capitalista, y a la vez en práctica distanciada tanto de las actuales necesidades, aspiraciones, estado de conciencia y disposición de las masas populares como de las oportunidades de su formación a través de la participación en la coyuntura política, rápidamente quedó reducida a nivel de conceptos teóricos cediendo lugar al populismo del APRA. Sobre el APRA de su «primera etapa» escribirá el partidario fervoroso de Mariátegui, historiador eminente, Jorge Basadre: «...reconozco que es el aprismo el movimiento que llevó hacia las grandes masas un sentido radical de crítica a la vida peruana y planteamientos que antes no se habían hecho»⁴⁵.

6. *Nacionalismo y las clases medias en la revolución peruana.*

Aunque estoy de acuerdo con Flores Galindo que el problema de síntesis de «marxismo» con «nación» fue uno de los importantes rasgos distintivos del pensamiento político de Mariátegui, creo que la evolución de sus ideas en el período 1929-1930 llevó a la imagen muy simplificada, y por consiguiente políticamente inoperante, del nacionalismo peruano y del papel de las clases medias. Análogamente al citado arriba caso de las relaciones de propiedad en el campo, la opinión de Mariátegui sobre el oncenio jugó papel principal en la reinterpretación de la problemática del nacionalismo y las clases medias.

Según Mariátegui, la expansión rápida del capitalismo en los años veinte, debida sobre todo a las inversiones extranjeras, acompañada por el crecimiento de empleo en el aparato estatal y el sector moderno no productivo, cambió esencialmente la situación de las clases medias: antes enemigo del sistema capitalista, ahora vinieron a ser su apoyo y beneficiario. En la carta a Ravines de diciembre de 1928 escribía: «La pequeña burguesía es la base política del leguismo [...] De diez individuos de la clase media que usted interrogue cinco son leguistas latentes, si no manifiestos, no por adhesión a las personas del gobierno, sino a sus conceptos y métodos. Nuestro fenómeno allesandrista o irigoyenista se ha producido ya: es el leguismo»⁴⁶. En *Punto de vista...* añadió: «La pequeña burguesía es, sin duda, la clase social más sensible al prestigio de los mitos nacionalistas. Pero el hecho económico que domina la cuestión, es el siguiente: en países de pauperismo español, donde la pequeña burguesía, por sus arraigados prejuicios de decencia, se resiste a la proletarizaron; donde ésta misma, por la miseria de los salarios no tiene fuerza económica para transformarla en parte en clase obrera; donde imperan la empleomanía, el recurso al pequeño puesto del Estado, la caza del sueldo y del puesto "decente"; el establecimiento de grandes empresas que, aunque explotan enormemente a sus emplea-

44. *Ibidem*, p. 113.

45. J. Basadre y P. Macera: *Conversaciones*, Lima 1974, p. 107f.

46. *Op. cit.*

dos nacionales, representan siempre para esta clase un trabajo mejor remunerado, es recibido y considerado favorablemente por la gente de la clase media»⁴⁷.

Las simplificaciones contenidas en total de esta opinión son evidentes hoy, pero parecen válidos algunos de sus elementos. Sobre todo, parece poco convincente la tesis que acentúa exclusivamente la correlación positiva entre la expansión del capitalismo extranjero y la actitud política proimperialista de la capa de la burguesía media o pequeña. La experiencia histórica sugería una estimación más matizada, que presentara la ambivalencia de actitudes, aún tomando la esfera de la economía como punto de referencia exclusivo. No sólo se percibía la expansión del capital extranjero como bendición, sino también como amenaza de la posición, aceleración de la pauperización, pérdida de independencia (de acuerdo — mísera, pero ¡siempre independencia!) y proletarianización de las capas de media y pequeña burguesía — sobre todo de sus grupos menos eficaces y tradicionales. En el sector de la minería el fenómeno era evidente y ampliamente discutido⁴⁸.

Aún más, a este antiimperialismo de las capas de la burguesía media y pequeña que seguía vigente y que incluso — parece que se puede arriesgar tal tesis — se había fortificado (aunque sin ser una opción en favor del socialismo), se unía la consolidación de las actitudes antiimperialistas y de la conciencia nacional entre los obreros empleados en las empresas extranjeras y los campesinos indios de cuyas tierras se apropiaban éstas («gringo» como una variación particularmente peligrosa de «misti»). Mariátegui estaba totalmente equivocado, si en esta situación escribía en abril de 1928 que: «El factor nacionalista [...] no es decisivo ni fundamental en la lucha antiimperialista en nuestro medio»⁴⁹. La influencia que tenía esta opinión sobre la percepción del papel del nacionalismo (y no sólo entre las clases medias sino también entre los obreros) por los colaboradores de Mariátegui, es visible, y de modo ejemplar, en las observaciones mandadas por Jorge del Prado desde la mina Cerro de Pasco Corporation en Morococha en julio de 1930: «La mayoría de los que nosotros consideramos compañeros, resulta que están en estos días presos del más fervoroso patriotismo [...] Casi todos conservan intacto su espíritu chauvinista»⁵⁰.

En 1927, en su polémica con Luis Alberto Sánchez, Mariátegui se daba cuenta, y lo puso de relieve, que «el nacionalismo de los pueblos coloniales — si, coloniales económicamente, aunque se vanaglorien de su autonomía política — tiene un origen y un impulso totalmente divotos [que el nacionalismo europeo — *H.Sz.*] En estos pueblos el nacionalismo es revolucionario y, por ende, concluye con el socialismo. En estos pueblos la idea de la nación no ha cumplido aún su trayectoria ni ha agotado su misión histórica. Y esto no es teoría»⁵¹. La posición ideológica de los años posteriores negó la importancia de

47. *Op. cit.*, p. 94.

48. Véase: E. Dore: *Social Relations and the Barriers to Economic Growth: the Case of the Peruvian Mining Industry*, «Nova Americana», Vol. 1, 1978 (Torino).

49. *Carta Colectiva del Grupo de Lima*, «Nuestra América», Año 1, 1980, n° 2, p. 13. Análogicamente en *Punto de vista...*, p. 92.

50. Citado según A. Flores Galindo: *Los mineros...*, p. 89. El consejo de Martínez de la Torre mandado a del Prado: «Creo que su labor mas interesante, por el momento, consiste en demostrar a los camaradas mineros que no es un problema de nacionalidad sino un problema de clase. La explotación en las minas es un fenómeno netamente capitalista, completamente independiente de la religión, raza o país». *Ibidem*.

51. J. C. Mariátegui: *Replica a Luis Alberto Sánchez*, en: *Ideología y política*, p. 221.

«la idea de la nación», por lo menos en la esfera de propaganda y lucha política. Lo «nacional» fue reducido categóricamente a lo «popular» — obrero y campesino indígena — y en la última instancia a lo «clasista» y «socialista». Se puede decir, y sin ironía, que aplicando el procedimiento de la reducción teórica, Mariátegui vivió intelectualmente el proceso entero de desarrollo histórico no sólo de la conciencia de clase de los obreros e indios peruanos, sino también el de las estructuras económicas. Vivió la historia del Perú... en la polémica con Haya de la Torre, lo que dió, como efecto objetivo, «reduccionismo de clase» que bloqueó la posibilidad de iniciar la política del «populismo socialista»⁵².

Parece que éstos son los momentos que decidieron — a pesar de la énfasis con que Mariátegui defendía la importancia del «problema indígena» — sobre la ruptura con la realidad de la escena política peruana y la capitulación teórica, que germinó en el momento en que el ímpetu inicial de la expansión capitalista en el Perú fue identificado por Mariátegui con su estadio avanzado, análogo a el logrado en Chile o Argentina. Esta inarticulada suposición dió base a la opinión que las clases medias y pequeña burguesía peruana habían agotado su potencial reformista en el momento de cuestionar la dominación del civilismo, y habían encontrado su lugar adecuado en las estructuras económicas y políticas de «Patria Nueva». De ahí, la conclusión que todas las actividades posteriores de estas capas sólo podían tener carácter demagógico y reaccionario; de ahí también viene la tesis sobre la autoliquidación del antimperialismo en su forma tradicional, «no socialista»; de ahí, la calificación del nacionalismo de las capas medias como para-fascismo y adversario más peligroso de la corriente socialista; de ahí, al fin, aquel reduccionismo clasista, traducido (no sólo en el Perú) a las recomendaciones sencillas: «librar el proletariado de la influencia destructora de otras clases, mantener en el proletariado la actitud de negación total del sistema presente y de espera de la catástrofe revolucionaria»⁵³. Y es Mariátegui (éste de los años 1929-1930) el que debe ser destinatario de las sugerencias de Deustua y Flores Galindo que P.C.P., en vez de hacer caso omiso de los sentimientos nacionales no sólo de las capas medias sino también de los obreros, hubiera debido partir de ellos al formular su estrategia de lucha: «...en la práctica habría sido tal vez más lógico y efectivo partir de esa conciencia espontánea, de ese nacionalismo instintivo, para tratar de desarrollar una verdadera conciencia de clase»⁵⁴.

La opinión de Mariátegui sobre el papel del nacionalismo no se verificó respecto al Perú, ni tampoco a México (Cardenas), Chile («República Socialista») o Argentina (Perón); las capas medias y la «burguesía nacional» en realidad iniciaban su aparición

52. El reduccionismo clasista comprende una suma de actividades, motivaciones e ideologías, dentro de la cual «contradictions are seen in a hierarchical system than can be directly or indirectly reduced to a class contradiction». Al contrario que el reduccionismo, «a "socialist populism" is not the most backward form of working class ideology but the most advanced-the moment when the working class has succeeded in condensing the ensemble of democratic ideology in a determinate social formation within its own ideology». E. Laclau: *Politics and Ideology in Marxist Theory: Capitalism, Fascism, Populism*, London 1977, pp. 11, 174. Con la concepción del «populismo socialista» coincide la tesis de Horace B. Davis: «It is [...] clear that no dogmatic statement can be made about which social class is the "natural" leader of a nationalist movement». *Toward a Marxist Theory of Nationalism*, New York and London 1978, p. 77.

53. I. Silone: *Der Faschismus*, Zürich 1934. Citado según O. Bauer: *Zwischen zwei Weltkriegen! Die Krise der Weltwirtschaft, der Demokratie und des Sozialismus*, Bratislava 1936, p. 242.

54. J. Deustua y A. Flores Galindo: *op. cit.*, p. 73f.

en el escenario político, aunque en varias formas. El comienzo de su turbulenta expansión correspondió al año 1929. Con radicalismo particular y bajo el lema «Sólo el aprismo salvará al Perú» estas capas entraron en la esfera de poder en el Perú. Y, hay que subrayarlo, entraron como fuerza progresista desde el punto de vista de desarrollo capitalista, dotando de vigor desde afuera a la débil burguesía peruana y rompiendo «desde abajo» las barreras que limitaban el desarrollo del capitalismo en el futuro.

El populismo del APRA en el período analizado no fue para-fascismo ni una corriente reaccionista. El APRA sólo llenó el vacío político creado por la fuerte dependencia de la economía de las inversiones extranjeras, acompañada por el desarrollo débil de la burguesía nacional y la clase obrera. «El aprismo nació — observa con certeza Denis Sulmont — no como el populismo de una burguesía industrial pujante, sino más bien como el populismo de sectores medios, pequeños burgueses tradicionales desplazados y sectores obreros y populares, cuyas aspiraciones de desarrollo nacional y cuya lucha antioligárquica y antiimperialista implicaban un enfrentamiento radical contra la casi totalidad de la gran burguesía operando en el Perú»⁵⁵.

Este fenómeno no cabía ya en el pensamiento político de Mariátegui en los años 1929-1930. La polémica con la realidad del Perú (y no sólo la polémica con la Komintern) se encontró en un callejón sin salida. La solución fue abdicar en favor de Ravines y ceder el paso al APRA.

Sin embargo, hoy recordamos a Mariátegui sobre todo como al autor de *Siele en sayos*. Creo que no hay que cuestionar este veredicto de la historia.

55. D. Sulmont; *El movimiento obrero en el Perú 1900-1956*, Lima 1975, p. 130.